

3. Impacto de la violencia escolar



DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.312.03>

3.1. Factores emocionales y psicológicos

La violencia escolar es un grave problema dentro del sistema educativo, pues lamentablemente afecta a estudiantes de todos los niveles y edades, incluso desde la infancia. Además es preocupante que este fenómeno, lejos de generar asombro o indignación, suele normalizarse dentro de los entornos escolares, al grado de formar parte de las interacciones cotidianas entre alumnos e incluso entre docentes y estudiantes. Esto tiene como resultado que se invisibilicen las causas de violencia escolar, lo que profundiza el daño a la salud emocional y psicológica de quienes la sufren. Los estudiantes que son víctimas de estas situaciones suelen experimentar miedo, ansiedad, depresión, tristeza, baja autoestima o aislamiento, lo cual repercute negativamente en su bienestar integral y en su rendimiento académico (Sánchez, 2018; Andino, 2019; De Agüero, 2020).

Ahora bien, para analizar este fenómeno, es preciso partir de su definición. De Agüero (2020) señala que “cuando la agresión se expresa como abuso de la fuerza o del poder, se convierte en un acto de violencia” (p.6). En el caso específico de la violencia escolar, dado que ha sido estudiada desde diversos enfoques suele recibir distintos nombres, como *bullying*, maltrato escolar, acoso escolar o intimidación entre pares. No obstante, todos esos conceptos se refieren a la misma problemática: el uso de conductas agresivas para vulnerar a los estudiantes. La violencia escolar adopta múltiples formas: abarca desde la exclusión social y el hostigamiento, hasta la

intimidación, las coacciones y los diferentes tipos de *bullying* (verbal, físico, gestual), así como el *cyberbullying*, que ocurre en medios digitales. Todas estas conductas violentas afectan significativamente la vida social, el bienestar emocional y psicológico, y el rendimiento académico de los niños y adolescentes. (Andino, 2019).

En relación con lo anterior, la UNESCO (2024b) señala que la violencia que sufren los estudiantes es parte de un sistema de relaciones y estructuras que pueden encontrarse tanto en el entorno escolar como fuera de él, ya sea en el ámbito social, familiar u otros. Además, el comité científico para la prevención y la lucha contra el acoso y el ciberacoso escolar de la UNESCO “reconoce que el acoso escolar refleja tanto una ausencia de cuidado como la presencia de agresión” (2020, p.2), lo que significa que las escuelas no protegen a los estudiantes, ni fomentan relaciones saludables entre ellos, o valores que ayuden a prevenir la violencia. De manera que, el acoso escolar es el resultado de dos cosas: de la intención individual de agredir y de la falta de un entorno que cuide y contenga adecuadamente a los estudiantes.

En añadidura, la violencia escolar refleja profundas carencias emocionales y psicosociales que, en muchas ocasiones, permanecen sin ser expresadas ni atendidas, pero que persisten como heridas no sanadas. Estas carencias se agravan cuando los alumnos carecen de un sentido de identidad, no se sienten reconocidos ni valorados y, además, presentan limitaciones cognitivas y formativas que les impiden gestionar adecuadamente sus emociones. Como resultado, estas frustraciones suelen manifestarse en la forma de comportamientos violentos, aislamiento social o indiferencia académica. En este sentido, Gutiérrez (2019) sostiene que la violencia escolar afecta directamente las competencias emocionales de los estudiantes, debilitando su autoestima, empatía y capacidad de autocontrol, lo cual evidencia que este fenómeno tiene raíces más profundas que requieren ser comprendidas y atendidas desde una perspectiva integral.

Todas las experiencias que los alumnos viven en el ámbito escolar son vivencias formativas que influyen directamente en su comportamiento y en la forma en que abordarán situaciones futuras. Muchas de estas experiencias quedan incluso ocultas en la memoria, pero condicionan sus conductas ante los retos que deben resolver más adelante. En este sentido, es crucial reconocer que dichas vivencias no ocurren en un vacío: las prácticas y creencias

relacionadas con el género, la clase social y el tipo de institución (públicas o privadas) moldean estas experiencias y, frecuentemente, las cargan de violencia psicológica (manifestada a través de amenazas, calumnias, difamaciones, apodos y habladurías) o violencia física (identificada por golpes, empujones, arañazos, pellizcos y puñetazos). De Agüero (2020) subraya que ambas formas de violencia dejan huellas emocionales profundas en los estudiantes.

De manera similar, la sociedad recibe una gran cantidad de información de los medios de comunicación masiva y de las redes sociales que, en conjunto con la falta de criterio personal, ha ocasionado que temas como el abuso, la violencia, el suicidio y los homicidios sean normalizados. A su vez, en un tejido social débil en valores, esto potencia que los estudiantes se relacionen de manera violenta con sus compañeros, e incluso con sus maestros (Gutiérrez, 2019).

Las cifras actuales de la UNESCO sobre la violencia escolar resultan alarmantes. A nivel global, uno de cada tres estudiantes manifiesta haber sido agredido físicamente al menos una vez al año. Además, el ciberacoso se incrementa de forma constante, afectando a uno de cada diez niños (UNESCO, 2024b). Más allá de ser meras estadísticas, estos datos reflejan una problemática profunda que vulnera el bienestar emocional y psicológico de la niñez y la adolescencia. La exposición constante a estas experiencias negativas deteriora gravemente su capacidad de aprendizaje y deja huellas duraderas que incluyen soledad extrema, ansiedad, insomnio e, incluso, ideas suicidas..

Con base en lo anterior, es preocupante que las escuelas, en muchos casos, se centren únicamente en los logros académicos de los estudiantes y no atiendan sus necesidades emocionales. Es indispensable que las instituciones educativas reconozcan que el aprendizaje y la salud mental están estrechamente ligados, y que implementen programas de prevención, acompañamiento psicológico y desarrollo de habilidades socioemocionales para crear ambientes más seguros y saludables para todos.

En concordancia con lo anterior, la directora general de la UNESCO, Audrey Azoulay, subraya la importancia de que las escuelas sean espacios seguros y de respeto, donde los estudiantes puedan desarrollarse plenamente. Además, advierte sobre los nuevos retos que plantean las redes sociales en relación con la violencia escolar.

En la escuela, todos los niños deben sentirse respetados, aceptados y seguros para que puedan aprender y desarrollarse; sin embargo, muchos estudiantes siguen siendo víctimas de violencia y acoso. En añadidura, debido al uso de redes sociales, estos fenómenos ya no se detienen al salir de la escuela, sino que continúan y se amplifican en los medios digitales (UNESCO, 2024a).

Así, para prevenir la violencia escolar, la educación debe tener como objetivo central fomentar valores como la empatía, la tolerancia, el respeto, el rechazo a la discriminación y, desde luego, formar individuos que sepan resolver sus diferencias privilegiando el diálogo y la comprensión en vez de la violencia, ya sea verbal o física.

Aunque los valores fundamentales deberían transmitirse en el seno familiar desde la infancia, la experiencia cotidiana de muchos niños y adolescentes refleja una realidad muy distinta. Si bien es cierto que no existe un parámetro claro que defina los límites educativos y el punto exacto en que se convierten en abuso, existe una hipótesis fundamental que ayuda a comprender la recurrencia de la violencia parental. Según la teoría de Laing (citado en Gómez, 2005), cuando los adultos han padecido maltrato severo durante su infancia, tienden a reproducir esa misma violencia de manera casi automática al convertirse en padres. Esta dinámica no constituye una regla inevitable, pero sí evidencia cómo muchos de los comportamientos relacionados con el castigo y la agresión hacia los hijos se aprenden durante la niñez y pueden perpetuarse si no se interviene activamente para romper el ciclo.

Las experiencias vividas en el núcleo familiar moldean el desarrollo intrapersonal del individuo y pueden generar inseguridad, baja autoestima y falta de confianza, así como dificultades en el desarrollo socioemocional y afectivo con el entorno. En el ámbito escolar, estas carencias se manifiestan como incapacidad para socializar, falta de participación en clase y represión emocional, lo que lleva a los estudiantes a guardar sus dudas por miedo a cometer errores o ser objeto de burla. Esta situación se relaciona directamente con las afectaciones emocionales derivadas de la violencia escolar, tanto para quien la padece como para quien la ejerce. Como señala Ortega (2010), la violencia escolar no sólo daña a la víctima, sino que también refleja y profundiza las carencias afectivas, sociales y emocionales de sus par-

ticipantes, lo que evidencia la necesidad de abordar estas dimensiones para promover una convivencia saludable.

El *bullying* (acoso escolar) es mucho más que una simple agresión física o verbal; se trata de una forma de abuso intencional y sistemático que deja profundas secuelas emocionales y psicológicas en quienes lo sufren. Diversos autores (Diamanduros et al., 2008; Li, 2008; y Manson, 2008, citados en Andrade et al., 2011) explican que esta conducta se sostiene por una dinámica de poder desigual, en la que la víctima carece de recursos para defenderse, mientras que el agresor es incapaz de contener su impulso violento.

Es fundamental reconocer que la aparente sumisión de la víctima no refleja necesariamente falta de carácter, en cambio, suele ser el resultado de múltiples factores: la disparidad en edad o fuerza física, el número de agresores involucrados y, sobre todo, la fragilidad emocional provocada por el hostigamiento constante. La presión psicológica acumulada en estas situaciones desgasta progresivamente la autoestima y la capacidad de resistencia de la persona agredida.

Andrade et al. (2011), con base en Diamanduros et al. (2008), Li (2008) y Manson (2008), explican que esta conducta se sostiene por una dinámica desigual entre los implicados: “la víctima no es capaz de defenderse por sí misma, al tiempo que el victimario no logra contener su agresión” (p. 36). Con respecto a la víctima, es importante reconocer que su aparente debilidad o sumisión no necesariamente refleja falta de carácter, sino que suele ser el resultado de varios factores, como la diferencia de edad o fuerza física entre los implicados, la cantidad de agresores o, sobre todo, la fragilidad emocional que provoca el hostigamiento constante. La presión psicológica que se acumula en estas situaciones desgasta poco a poco la autoestima y la capacidad de resistencia de la persona agredida. Además, la dinámica descrita por Andrade et al. (2011) revela que ambos, tanto víctima como agresor, están atrapados en una relación marcada por carencias emocionales y psicológicas que la escuela y la familia, en muchas ocasiones, no saben atender.

Así, es vital reconocer que el *bullying* no puede reducirse a un problema de disciplina, pues es una señal de que tanto quien agrede como quien es agredido necesitan apoyo emocional para salir de esa dinámica.

Las actitudes agresivas se originan, en gran medida, en las creencias y valores que son aprendidos e internalizados desde el hogar. Dado que estos no son pensamientos inherentes a los menores o adolescentes, la familia debe ser consciente de su labor esencial en la formación del carácter, los valores y la personalidad futura de sus hijos. A propósito de esto, Andrade et al. (2021) señalan que los factores biológicos son insuficientes para explicar la violencia, puesto que se trata de una forma de interacción aprendida. Por consiguiente, las actitudes agresivas son frecuentemente aleccionadas desde el núcleo familiar.

Dichas enseñanzas pueden interpretarse como una estrategia para defenderse en la vida, como una muestra de masculinidad o territorialidad, e incluso como un medio para ser socialmente aceptado en diversos grupos, lo cual fomenta en los menores la idea de que deben aprender a resistir, defenderse, ganarse el respeto y, si es necesario, responder a una agresión. Tal conducta es adoptada para no disociarse del proceso de socialización secundaria y para acceder a determinados entornos, aun cuando estos se caractericen por acentuar la agresividad y la violencia.

La violencia escolar no surge de un origen único, sino que es el resultado de una combinación entrelazada de factores personales, escolares y sociales:

- A nivel personal: influyen la falta de habilidades socioemocionales y de control de impulsos en los estudiantes, la exposición constante a contenidos violentos en redes sociales y, crucialmente, las relaciones familiares poco saludables o conflictivas.
- A nivel escolar: el problema se acentúa cuando predominan prácticas pedagógicas rígidas y autoritarias, cuando no existen protocolos claros de intervención para casos de agresión o cuando los docentes ignoran las necesidades emocionales y relacionales de los alumnos, lo que debilita el vínculo educativo.
- A nivel social: la violencia se alimenta de realidades más amplias, como la pobreza, la desigualdad, la discriminación y, sobre todo, de una cultura que normaliza o justifica las agresiones.

Esto obliga a considerar que la violencia escolar no es simplemente un mal comportamiento individual, al contrario, es un reflejo de carencias y fallas colectivas que deben ser atendidas de forma integral en todos los niveles (UNESCO, 2024b).

Las víctimas de violencia escolar suelen experimentar consecuencias que trascienden el daño emocional, manifestándose también a nivel físico y psicosomático (como insomnio, cefaleas, trastornos alimenticios o diversas somatizaciones). La UNESCO (2021) menciona que el entorno escolar donde ocurren estos actos de acoso es complejo: si bien posee aspectos similares para todos, su manifestación y sus riesgos se expresan de manera diferente según la persona. Por ejemplo, los niños tienen mayor probabilidad que las niñas de ser agredidos físicamente o de involucrarse en peleas. En contraste, las niñas son más vulnerables al acoso psicológico. Asimismo, la edad juega un papel importante: conforme los estudiantes crecen, disminuye la probabilidad de que sufran acoso físico o participen en enfrentamientos, si bien en los mayores aumenta significativamente el riesgo de ser víctimas de ciberacoso.

Otro factor determinante es la percepción de diferencia. Cuando un niño, niña o adolescente es visto como “distinto”, es más probable que se convierta en objetivo de burlas o agresiones. Según las encuestas de la UNESCO (2021), el motivo más común para ser humillado es la apariencia física, seguido por características como la raza, la nacionalidad o el color de piel. De igual manera, los estudiantes que provienen de familias con menos recursos económicos o que son migrantes también enfrentan mayor riesgo de acoso y ciberacoso. Por último, los niños, niñas y adolescentes que no encajan con las normas de género tradicionales, incluyendo quienes pertenecen a la comunidad LGBT o quienes se perciben a sí mismos con una identidad distinta, tienden a enfrentar más violencia y acoso escolar que quienes sí se ajustan a esas expectativas de género. Esto evidencia que el acoso escolar no sólo responde a diferencias visibles, sino también a prejuicios profundamente arraigados en las normas sociales y culturales que todavía permean las escuelas.

Los resultados que nos brinda la UNESCO, muestran la dura realidad de la violencia escolar y, al mismo tiempo, la urgencia de intervenir de manera seria; la escuela, definida en buena medida como un espacio de encuentro seguro y de adquisición de conocimiento para todos, se ha convertido, con demasiada frecuencia, en el lugar donde los niños, las niñas y los adolescentes que son percibidos como “diferentes” sean víctimas de *bullying*, violencia y acoso.

En consecuencia, es especialmente importante que los docentes y las instituciones sean conscientes de que las diferencias de género o de orientación sexual, así como el aspecto físico, la situación económica, los casos de migración, la raza o la nacionalidad coloca a los estudiantes en una posición vulnerable; es decir, cualquier rasgo que salga de lo que la mayoría considera “normal” es un motivo de agresión para quienes no saben convivir con la diversidad. De igual manera, tanto docentes como padres de familia deben aceptar su responsabilidad en el fomento de la tolerancia, el respeto y la valoración genuina de las diferencias entre los estudiantes.

Los valores inculcados en la familia y reforzados en la escuela deberían verse reflejados de manera positiva en la conducta de los estudiantes; sin embargo, los datos precisamente indicados evidencian la falta de educación emocional en ellos, así como en ética, valores y respeto a la diversidad. Dicha formación es necesaria para crear un ambiente en el que el desarrollo de los estudiantes pueda ser integral y saludable.

En la actualidad, la rigidez de las normas sociales, especialmente aquellas relativas al género, está afectando la autoestima y la seguridad de quienes no se ajustan a ellas. Los estudiantes que sufren violencia en este contexto tienen el doble de posibilidades de experimentar soledad, trastornos de salud mental, deterioro de la calidad de vida, insomnio e incluso ideación suicida. Asimismo, la presencia del acoso y la violencia pueden manifestarse en conductas de riesgo, tales como el consumo de tabaco, alcohol y otras drogas, además de experiencias sexuales tempranas. La violencia escolar se ha convertido en un problema que atenta contra el desarrollo integral del alumnado y los principios fundamentales del derecho a una educación digna, segura y equitativa. Su emergencia es consecuencia de múltiples factores interrelacionados como son:

- a) El ámbito familiar: comportamientos derivados de la tradición educativa del entorno familiar, radicada en estándares de control y supervisión laxos.
- b) El ámbito social: la escasa participación de la sociedad.
- c) El ámbito institucional: la existencia de normativas institucionales débiles o ineficaces que impiden su implementación práctica mediante reglamentos y lineamientos funcionales, lo que a su vez se

relaciona con la insuficiente capacitación de los actores educativos (Ortega, 2010; Gutiérrez, 2019).

La violencia dirigida hacia quienes son percibidos como diferentes refleja una profunda carencia de educación emocional, empatía y conciencia social. Además, pone en evidencia el amplio trabajo que las instituciones educativas aún deben realizar para construir comunidades realmente inclusivas y seguras. No basta con señalar la prohibición de discriminar, es imperativo enseñar activamente a convivir con la diversidad, a cuestionar los prejuicios y a defender a quienes son vulnerables..

3.2. Bajas en el rendimiento escolar

Las instituciones educativas deben ser espacios donde los estudiantes adquieran conocimientos académicos, así como aprendizajes sociales y vivenciales que les permitan convivir de manera sana y respetuosa. Sin embargo, como señala Ortega (2010), este ideal dista de la realidad que se vive en muchos entornos escolares, donde la violencia y el acoso afectan directamente la convivencia y el bienestar del alumnado.

Durante mucho tiempo, el bajo rendimiento escolar se atribuyó exclusivamente a factores cognitivos como la falta de atención, la indisciplina o los malos hábitos. Hoy se sabe que este fenómeno es mucho más complejo, pues en él intervienen elementos emocionales y sociales, tales como el acoso y la violencia escolar, que afectan tanto a estudiantes como a docentes (Andrade et al., 2011).

Es fundamental reconocer que los estudiantes no son seres homogéneos ni productos en serie que responden de igual manera a métodos educativos estandarizados. Evaluar el aprendizaje únicamente desde una perspectiva cognitiva y calificarlo como bueno o malo puede impedir que se detecten situaciones de violencia o rechazo social que impactan el desempeño académico.

Actualmente, se reconoce que las emociones juegan un papel crucial en la memoria y en la selección de aprendizajes significativos, puesto que el cerebro es selectivo y sólo fija aquellos conocimientos vinculados a experiencias emocionales (Gómez, 2005). Por ello, el bajo rendimiento

escolar muchas veces está ligado a la incapacidad del docente para identificar y atender problemáticas emocionales relacionadas con la violencia escolar. Esta falta de comprensión conduce a que los estudiantes manifiesten dificultades académicas derivadas de alteraciones emocionales no detectadas ni abordadas a tiempo (Franco et al., 2019).

El desconocimiento de que el bajo rendimiento escolar no es solamente un asunto cognitivo, sino también emocional, ha contribuido a agrandar la brecha en la identificación y solución efectiva de esta problemática, al tiempo que ha evidenciado la necesidad de un enfoque integral que contemple tanto aspectos académicos como socioemocionales (Medrandá et al., 2024).

Los aprendizajes sociales de los estudiantes se han visto distorsionados e interrumpidos, pues en lugar de fomentar una convivencia armónica, las aulas se han convertido en escenarios de violencia escolar y estrés constante, muchas veces bajo la actitud omisa de la autoridad educativa. Según Andino (2019), esta habituación a la violencia lleva a que “los actores del conflicto escolar perciban la violencia como algo natural e inevitable” (p. 5), lo cual contradice la esencia de la escuela como un lugar seguro y formativo. Lo anterior afecta profundamente la salud emocional de los alumnos y, en consecuencia, perjudica su rendimiento académico, limitando su desarrollo integral y sus oportunidades de aprendizaje (Ortega, 2010; UNESCO, 2024a).

Las experiencias de violencia vividas por las víctimas en el entorno escolar pueden tener consecuencias devastadoras. Niños, niñas y adolescentes expuestos a estas situaciones manifiestan dificultades para concentrarse y pierden la motivación para asistir a clases, no por incapacidad para aprender, más bien por el miedo a enfrentar otro día estresante o triste. Gutiérrez (2019) señala que los alumnos que sufren acoso escolar experimentan una disminución significativa de su autoestima, un aumento de la ansiedad y sentimientos de desesperanza. En muchos casos, evitan las actividades escolares para no interactuar con sus hostigadores, se ausentan sin justificación e incluso abandonan por completo sus estudios (Bernardo et al., 2020; SEP, 2024).

Lo anterior repercute directamente en sus logros académicos y en sus posibilidades educativas y laborales futuras. Como enfatiza la UNESCO

(2021), “los estudiantes no pueden aprender en un ambiente en el que se sienten inseguros, asustados y avergonzados” (p. 17), lo cual afecta la calidad de la educación, al mismo tiempo que la permanencia escolar de niños, niñas y adolescentes.

Al respecto, la convivencia escolar debe entenderse como una parte fundamental de la educación, pues mediante ella los estudiantes aprenden la inclusión, la participación, la toma conjunta de decisiones y la resolución pacífica y respetuosa de conflictos. La convivencia no es un aspecto secundario, sino una parte inherente de la vida cotidiana de la escuela, cuyo enfoque debe ser crear un ambiente de bienestar que potencie el desarrollo integral de cada estudiante.

Si el personal docente, las autoridades y los funcionarios de la educación utilizaran los resultados de las investigaciones, este conocimiento sería crucial para comprender la complejidad de la situación escolar y diseñar acciones efectivas. Dichas acciones podrían mitigar la violencia en las aulas, la cual afecta directamente el rendimiento académico de los estudiantes. Evidencia clara de esto es que las víctimas de acoso escolar obtienen consistentemente calificaciones más bajas debido a la inseguridad y falta de disciplina en el entorno (De Agüero, 2020; Medranda et al., 2024).

Los aprendizajes sociales de los estudiantes se ven distorsionados e interrumpidos cuando las aulas, en lugar de fomentar la convivencia armónica, se convierten en escenarios de violencia y estrés constante, a menudo con la anuencia o la actitud omisa de la autoridad educativa. Esta habituación normaliza la situación, llevando a que “los actores del conflicto escolar perciban la violencia como algo natural e inevitable” (Andino, 2019, p. 5), lo cual contradice la esencia fundamental de la escuela como espacio seguro y formativo (Ortega, 2010; UNESCO, 2024a).

Las consecuencias emocionales para las víctimas son profundas. Se manifiestan en dificultades de concentración, pérdida de motivación y el surgimiento de miedo y ansiedad ante el entorno hostil. Como señala Gutiérrez (2019), “los alumnos que sufren acoso escolar experimentan una disminución significativa de su autoestima, un aumento de la ansiedad y sentimientos de desesperanza” (p. 149). Estas secuelas afectan directamente el desempeño académico, llevando a la baja participación, el ausentismo e incluso el abandono de los estudios (Bernardo et al., 2020; Medranda et al., 2024; SEP, 2024).

Autores como Franco et al. (2019) señalan que la percepción que el alumnado tiene de su ambiente de convivencia es un factor determinante, ya que puede propiciar conductas que favorezcan o damnifiquen sus aprendizajes, influyendo directamente en la calidad de las relaciones dentro del entorno académico. En este sentido, un ambiente escolar lleno de ansiedad, miedo e inseguridad resulta incompatible con el aprendizaje, ya que “los estudiantes no pueden aprender en un ambiente en el que se sienten inseguros, asustados y avergonzados” (UNESCO, 2021, p. 17). Por lo tanto, la violencia escolar no solo compromete la calidad educativa, sino que también limita las oportunidades de desarrollo integral y las perspectivas educativas y laborales de los estudiantes.

Ahora bien, aunque la violencia escolar genera un clima adverso que puede afectar a muchos estudiantes, su impacto no es homogéneo, ya que depende de factores individuales como la resiliencia, la salud emocional y la interpretación subjetiva del entorno. Al respecto, Cedeño (2025) señala que en otros tiempos se pensaba que el bienestar psicológico tenía más que ver con variables como la apariencia física y la inteligencia; sin embargo, hoy se sabe que se relacionan con aspectos individuales y subjetivos.

Así pues, aunque la violencia escolar es un factor de riesgo importante para el rendimiento académico, su efecto varía según la capacidad de cada estudiante para afrontarla y la calidad de apoyo emocional y social que reciba dentro y fuera del aula. Esto resalta unavez más la importancia de generar un ambiente educativo empático, resiliente, y libre de violencia para garantizar que los alumnos reciban una educación integral y de calidad.

Ahora, es importante recordar que cuando hablamos de rendimiento académico, nos referimos a la valoración que hace el docente de los aprendizajes y las habilidades de los alumnos en la institución educativa, el cual suele describirse como alto, medio o bajo. En él influyen múltiples factores, entre los que destacan los conflictos y la violencia dentro del entorno escolar, ya que estas conductas alteran las dinámicas de convivencia y generan un ambiente poco propicio para el aprendizaje. (Medranda et al., 2024). En esta misma línea, Franco et al. (2019) señalan que el deterioro de las relaciones interpersonales en el aula compromete tanto la calidad de las clases como el desempeño académico de los alumnos. De igual manera, influyen en el desempeño de los estudiantes, pues determinan sus posibilidades de

ingresar y permanecer en la escuela, a pesar de que es un derecho de todos los niños y niñas.

Lamentablemente, el sistema educativo no siempre cuenta con los recursos ni las estrategias necesarias para atender las problemáticas que enfrentan los estudiantes. Por ello la UNESCO (2023) propone un nuevo contrato social para la educación que se oriente en construir sociedades más pacíficas, justas y sostenibles.

Franco et al. (2019) menciona que el tutor académico juega un papel importante en el proceso enseñanza-aprendizaje, ya que tiene una relación más estrecha con el estudiante. Esta figura debe apoyar y fomentar el crecimiento integral de los alumnos, lo cual implica que sea agente o intermediario, según la situación; por ejemplo, le corresponde cuidar la autoestima de los estudiantes para que tengan un buen desempeño académico, o bien, de ser necesario, buscar que reciban apoyo psicológico.

Así pues, este rol contribuye directamente a mejorar el rendimiento académico, porque un estudiante que se siente acompañado y respaldado tiene más confianza para seguir aprendiendo y menos probabilidades de abandonar la escuela o reprobar asignaturas.

La Nueva Escuela Mexicana (SEP, 2023) establece que educar significa formar personas integrales: éticas, críticas y empáticas, no únicamente transmisores de contenidos. Este enfoque exige que los profesores actúen como facilitadores del clima emocional, incorporando actividades de reflexión emocional, dinámicas de empatía y técnicas de resolución colaborativa de conflictos en su práctica docente.

La baja en el rendimiento académico de los estudiantes víctimas de violencia escolar no se explica por una falta de capacidad, sino por un profundo deterioro emocional que mina su disposición para aprender. El miedo constante, la ansiedad, la vergüenza y el sentimiento de no pertenecer afectan su concentración, motivación y funcionamiento cognitivo.

Cuando el aula se convierte en un espacio inseguro y el docente no es capaz de reconocer las señales de sufrimiento, se rompe el vínculo pedagógico, dejando al estudiante en un estado de vulnerabilidad silenciosa.

El tutor académico debe garantizar la calidad educativa y el bienestar emocional de los estudiantes, al crear un entorno más humano, inclusivo y propicio para la adquisición de aprendizajes.

Desde los primeros estudios pedagógicos que ilustran el aprendizaje tradicional, la escuela se ha definido como formadora y reproductora de roles sociales y de estudios profesionalizantes, en esta, se da la reafirmación de elementos identitarios que al estudiante le permite ser aceptado y participar en roles sociales y de transformación de su cultura.

Es importante que se atienda la raíz emocional de la violencia escolar, pues, de no hacerlo, esta seguirá afectando las trayectorias académicas de los estuddiantes y su integración a la sociedad.

3.3. Deserción escolar

El abandono escolar es un problema multifactorial que se manifiesta en diversos contextos y guarda una estrecha relación con fenómenos como la violencia. La Secretaría de Educación Pública (SEP) en México lo define como la interrupción del sistema educativo antes de completar un nivel y lo reconoce como un desafío prioritario. Actualmente, la SEP está implementando nuevas estrategias y campañas para fomentar la permanencia de los estudiantes en las escuelas (SEP, 2024).

Este fenómeno se debe a una diversidad de factores que van desde el orden socioeconómico, cultural y familiar, hasta aquellos estrictamente relacionados con el ámbito institucional y pedagógico. Por esta razón, su abordaje requiere la intervención integral de todos los actores del proceso educativo: padres de familia, docentes, directivos, instituciones y la sociedad en general. De hecho, en su documento “Análisis de matrícula, abandono escolar, eficiencia terminal y cobertura en Educación Básica de 2019 a 2023”, la Secretaría de Educación Pública reconoce una reciente disminución en las tasas de abandono escolar (SEP, 2024, p. 6).

Tabla 1. *Tasas de abandono escolar por nivel educativo 2019-2023*

Nivel Educativo	Tasa de Abandono 2019	Tasa de Abandono 2023	Disminución (Puntos Porcentuales)
Primaria	0.7 % (970, 362 estudiantes)	0.3 % (400, 379 estudiantes)	0.4 %
Secundaria	4.2 % (269, 096 estudiantes)	2.7 % (167, 694 estudiantes)	1.5 %

Fuente: Elaboración propia a partir de SEP, 2024.

Dichos datos confirman la disminución del abandono escolar reportada por la SEP entre 2019 y 2023, con una reducción en secundaria incluso mayor que en primaria. No obstante, diversos autores han cuestionado las estadísticas oficiales, argumentando que estas no logran capturar la complejidad real del fenómeno al omitir variables socioeconómicas, culturales e identitarias, y al no explicar adecuadamente las causas subyacentes. Por ejemplo, De Agüero (2020) advierte que los datos de violencia escolar rara vez se traducen en políticas efectivas que aborden las realidades emocionales y sociales. En sintonía, Suberviola (2024) critica la omisión de factores profundos como la desvinculación psicosocial del estudiante con su entorno educativo, lo cual limita la interpretación de las cifras. Además, Gómez (2005) señala que las estadísticas suelen ser superficiales, al no analizar las condiciones institucionales y del entorno que afectan la permanencia.

Estos cuestionamientos sugieren que las cifras de disminución pueden resultar incompletas si no se acompañan de un análisis integral de las causas, los efectos y la calidad educativa subyacente. De no ser así, se corre el riesgo de dejar sin resolver las problemáticas estructurales que comprometen la trayectoria escolar de los estudiantes.

En el nivel superior, la problemática persiste. Bernardo et al. (2020) indican que el 17.3% de estudiantes universitarios sufre acoso (presencial o digital), y un alarmante 41.9% ha considerado abandonar su carrera a causa de ello. No obstante, esa intención se reduce de manera significativa cuando los estudiantes cuentan con un sólido respaldo social por parte de compañeros o docentes. La deserción escolar se perfila, por lo tanto, como un problema complejo y multifactorial, donde la violencia actúa como un detonante clave, pero no exclusivo. A pesar de los avances estadísticos recién

tes, el problema está lejos de resolverse, pues persisten las desigualdades y los riesgos que comprometen la permanencia.

Los hallazgos de Bernardo et al. (2020) reafirman esta perspectiva, al evidenciar que el acoso y la falta de apoyo emocional en el nivel superior impactan directamente en el abandono, al disminuir el bienestar psicológico y la vinculación institucional. Esto subraya que la estrategia no debe limitarse a lo académico o económico: es imperativo enfocarse en la salud emocional, las relaciones interpersonales y la cultura escolar para garantizar una formación plena.

La relación entre *bullying* y deserción es un proceso complejo. La inseguridad, la humillación y la falta de pertenencia son motores de alejamiento. Franco et al. (2019) señalan que los estudiantes que sufren violencia escolar reportan un menor bienestar psicológico y rendimiento académico, elementos que debilitan su compromiso y permanencia institucional.

La falta de intervención estructural o las estrategias poco concretas ante la violencia amenazan el derecho a una educación digna, segura y equitativa. Gómez (2005) asevera que el problema, si no se aborda de forma efectiva, erosiona la calidad de la convivencia y atenta contra los objetivos de la educación. Se requiere una intervención docente integral y una transformación educativa que combine la enseñanza de contenidos dinámicos con el acompañamiento emocional para fortalecer la permanencia.

En muchos casos, la deserción es un mecanismo de autoprotección: el estudiante opta por alejarse del entorno que se ha convertido en una fuente de sufrimiento y violencia. La UNICEF (s. f.) muestra que incluso alumnos destacados abandonan sus estudios debido al acoso persistente o a la indiferencia adulta.

Este fenómeno interpela la función de la escuela como espacio de inclusión. La prioridad no es sólo garantizar el acceso, sino asegurar la permanencia con dignidad, puesto que el abandono escolar afecta drásticamente las trayectorias de vida, limita las oportunidades laborales y aumenta la exposición de los jóvenes a riesgos sociales.

La preocupación por el abandono escolar temprano (AET) está plenamente justificada, dadas sus graves consecuencias tanto a nivel individual como social. Suberviola (2024) advierte que el AET eleva significativamente el riesgo de falta de empleabilidad, inestabilidad laboral, bajos ingresos e

incremento de la contratación a tiempo parcial, factores que en conjunto potencian la pobreza y la exclusión social.

En síntesis, el análisis de los autores mencionados confirma que la deserción es un fenómeno multifactorial con causas tanto voluntarias como forzosas. Entre los factores centrales se encuentran:

- Aspectos personales: desmotivación, reprobación de materias o interrupción de estudios por ser padres a corta edad.
- Factor socioeconómico: la insuficiencia de recursos familiares que obliga a los jóvenes a contribuir al sustento del hogar.
- Factor pedagógico/institucional: la calidad del proceso de enseñanza-aprendizaje y el rol del docente. La falta de empatía, la presión excesiva y el estrés generado por el profesorado pueden provocar inseguridad, propiciar esquemas de violencia y acoso escolar, y, finalmente, motivar la deserción.

Es importante mencionar que la Secretaría de Educación Pública ha comenzado a referirse a este fenómeno como desafiliación escolar, en lugar de deserción escolar, como parte de un cambio conceptual que reconoce que este problema no siempre es responsabilidad exclusiva del estudiante, sino el resultado de múltiples factores estructurales y sociales. Este enfoque fue planteado por la subsecretaria de Educación Media Superior, Tania Rodríguez, durante su intervención ante la Comisión de Juventud de la Cámara de Diputados, en la cual destacó la necesidad de un abordaje integral de la problemática. Asimismo, en el Boletín 46 de la SEP (2024) se hace referencia explícita a la desafiliación escolar en el marco de la convocatoria a legisladores para formular la Ley General de Educación Media Superior, que contempla la organización de foros regionales y el diseño de distintas estrategias para fortalecer la permanencia de los estudiantes. Esto evidencia un cambio discursivo e institucional en la forma de comprender y abordar el abandono escolar, pues se basa en una perspectiva más inclusiva y menos estigmatizante de los estudiantes.

Ahora bien, entre los beneficios de atender el problema de la deserción escolar se encuentran, para los alumnos, el acceso a más y mejores oportunidades de empleo, la mejora de la calidad de vida debido a mayores ingresos salariales y una buena autopercepción a causa del éxito profesional y personal obtenido. En lo que se refiere a la sociedad, la disminución de la

desafiliación escolar contribuye a mejorar la movilidad social, disminuir la inequidad y la desigualdad, incrementar la participación ciudadana y fortalecer el tejido social.

Así, con dichos beneficios en mente, convendría ahondar en la poca regulación de impulsos, el consumo de contenidos violentos en medios y redes sociales, y los modelos parentales disfuncionales, pues todos ellos se relacionan estrechamente con esta problemática. De igual manera, es vital prestar atención en los distintos niveles de nuestro sistema educativo nacional, a las prácticas docentes poco sensibles a la problemática de la violencia escolar, pues son sintomáticas de una falta de atención a la voz del alumno y, por ende, de una debilitada relación entre docentes y estudiantes, lo cual afecta el rendimiento académico, la salud socioemocional, la percepción seguridad y la autoestima de los estudiantes sin importar su edad.

Además, el sistema educativo nacional debe garantizar que los estudiantes reciban una educación de calidad, cuenten con el acompañamiento y la orientación del docente y estén protegidos de los factores que llevan al abandono escolar por medio de políticas y estrategias institucionales, como programas de apoyo psicológico y académico, aunque esto requiera la erogación de recursos económicos.